

aceptado ; los gemidos de Saul no oídos y los de David escuchados, nos prueban hasta la evidencia, que en la disposicion interior consiste principalmente la bondad ó inutilidad de las obras.

El mismo Dios, en las santas Escrituras, nos pide el corazón: *præbe fili mi, cor tuum mihi*, Prov. xxiii, 26: á Moisés le mandó dorar la parte interior del arca antes que la exterior. David, en su oración, decía á Dios: *paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*, PSALM. lvi, 8. ¿Donde están los verdaderos adoradores? *veri adoratores?* ; Ay de los que se contentan con exterioridades! ; Ay de los modernos fariseos, que son tan numerosos. Consúltese ISAIAS xxiii, S. MATEO xxiii.

II. El hombre, por un deber sagrado fundado en su misma naturaleza, debe adorar á Dios, exterior é interiormente. Esta adoracion, para que sea digna de Dios, debe ser profundamente humilde. La humildad mantiene al hombre en su baja esfera, y considera á Dios en su elevacion infinita: es decir, coloca en su respectivo lugar á estos dos seres infinitamente distantes; y es así como Dios quiere ser adorado.

¿Qué es la adoracion? Un acto de sumision profunda, por el cual reconocemos á Dios como autor de cuanto existe, como dueño absoluto de todos nosotros, como Ser dotado de infinitas perfecciones; es decir: es una declaracion y confesion de que él es Todo y nosotros somos nada. Adorar á Dios con humildad, es adorarle verdaderamente, como dice Jesucristo: *los verdaderos adoradores: veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate*. JOAN. iv.

ADORACION. — Todos debemos adorar á Dios: 1.º: porque le pertenecemos. 2.º: por los beneficios que nos dispensa.

ADORACION. — Debemos adorar á Dios: 1.º con recogimiento del corazón: 2.º con modestia del cuerpo. Adorarle sin recogimiento del corazón es hipocresía. Adorarle sin modestia del cuerpo es impiedad.

ADORACION. — Véase AMOR DE DIOS.

ADULADORES.

I.

Quid ergo baptizas, si tu non es Christus?
¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el
Cristo?

(Joann. i, 25.)

No hay que confiar en los aplausos que el mundo nos prodiga en los sucesos prósperos. ¿Qué hombre se dejará arrastrar de las lisonjas de sus semejantes, oyendo con placer sus alabanzas, cuando, si bien se reflexiona, léjos de darle ellas motivo de engreimiento, deberian cubrirle de vergüenza! Si la virtud, á que justamente se tributan honores, se ve con frecuencia expuesta á los insultos de los mismos que antes la admiráran, ¿qué podrán prometerse los que por un vislumbre de prosperidad mundana son elogiados con los encomios debidos á la virtud de que ellos, casi siempre, están muy agenos? El Evangelio de este dia nos lo enseña de un modo el mas elocuente.

El gran Consejo de Jerusalem dirigió una embajada solemne al santo Precursor de Jesucristo, que con feliz suceso predicaba la penitencia á las orillas del Jordán. Esta alma privilegiada con el olor de sus virtudes atraía las turbas, y con su voz imperiosa triunfaba de los mas obstinados pecadores, que, penetrados de un vivo dolor de sus culpas, le hacian una sincera confesion de ellas, le pedian el bautismo, y no pocos de ellos se constituian discípulos suyos. El supremo Senado, á quien tocaba examinar á los que se entremetian á predicar y explicar la ley al pueblo, envió al Bautista una diputacion compuesta de personas respetables, para que le preguntasen, si era él el Mesías, por cuya venida suspiraba el pueblo hebreo. ¿Qué sorpresa, hermanos míos, para una alma que no estuviese tan profundamente radicada en la humildad, como la del santo Precursor de Jesucristo! ¿Qué trastorno de ideas no hubiera causado en los ambiciosos,

siempre sedientos de oír de sus prójimos alabanzas, aunque no les sean debidas, ver á los comisionados del supremo Consejo hablarles con la mayor sumision, y preguntarles, como preguntaron al Bautista: ¿Eres tú el Mesías prometido en la Ley y anunciado por los profetas? Pero Juan les contestaba con profunda humildad: Yo no soy el Mesías que aguardais, sino su Precursor, ó la voz que clama: Preparad los caminos del Señor. Si la Sinagoga desea conocer á su libertador, á pocas diligencias que haga verá satisfechas sus ansias. Decid á los que os han enviado, que yo no soy sino un ministro del Mesías, y que me tengo por indigno de desatar la correa de su calzado. ¡Qué generosa confesion, hermanos míos! Sin embargo, los comisionados del supremo Consejo, de este sublime testimonio del Salvador, que tanto enaltecia al Bautista, tomaron ocasion de reprehenderle agriamente. ¿Si tú no eres el Cristo, le dicen, á qué te metes á bautizar? ¿Es posible, hermanos míos, que aquel respeto y veneracion con que por sus palabras compuestas hubieran adulado á unos oídos ménos humildes que los del Bautista, se hayan tan pronto cambiado en desdén y desprecio? ¿Es posible que al mismo á quien acaban de lisonjear, le insulten como sacrilego! No lo extrañeis, hermanos míos, porque los aduladores, no solo son incapaces de decir la verdad y de amarla, sino de adquirir y conservar amistad. Esto es lo que me propongo demostraros.

Quiera el Señor, que concihiendo vosotros un horror entrañable á este fatal vicio, que para desdicha de los hombres hace cada dia los mas funestos estragos, lo detesteis con todo vuestro corazon. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen Santísima: A. M.

1. Apenas hay persona alguna que, considerando el gran cúmulo de males que causa la adulacion, no declame contra ella, ya en público, ya en secreto. Sin embargo, tan generalizado está este vicio, que son muy pocos los que no tropiezan en este escollo. Es tal el carácter de esta peste contagiosa, que inficionando sobre manera á los mortales, son pocos los que reconocen su contagio, porque toma las apariencias de urbanidad, afabilidad y buena correspondencia, virtudes indispensables á los hombres para vivir en sociedad, y unirlos dulcemente. Esto es lo que hace muy difícil aplicarla el remedio. No obstante, si bien se reflexiona, se verá, que la adulacion se opone á estas virtudes, por lo mismo que ella consiste en un excesivo deseo de agradar á otros, y manifiesta este desordenado intento en acciones ó en palabras. No se me oculta que, cuando el deseo de agradar al prójimo no pasa de querer evitar algun mal que

amenaza, ó de conseguir algun verdadero bien que se apetece, la adulacion no es criminal; pero por su naturaleza es siempre pecado, á lo ménos venial, y, por la misma razon, es siempre reprehensible. Que si la adulacion se dirige á dañar considerablemente al prójimo, bien sea en lo espiritual, bien en lo temporal, es un pecado gravísimo de perfidia. Y lo es mucho mas aquella adulacion que, no contenta con alabar excesivamente ciertos vislumbres de virtud y algunas acciones solo buenas en la apariencia, se atreve á cohonestar los pecados y darles su aprobacion, haciéndose de este modo participante de las maldades ajenas, y poniendo, en cuanto está de su parte, un muro impenetrable para que el extraviado no entre nunca en el camino de la verdad. A estos aduladores, ó mas bien, á estos corruptores de las costumbres, bien podemos aplicarles aquellas palabras del profeta Isaías: «¡Ay de vosotros los que llamáis mal al bien y bien al mal, v, 20, haciendo traicion á vuestra conciencia!» Y para convenceros de que este es el proceder de los aduladores, no tengo necesidad de recurrir á lo que diariamente sucede, no solo en los palacios de los grandes, sino hasta en las clases menos acomodadas; bastará considerar la conducta que observaron los enemigos irreconciliables de la verdad, enviados al Bautista á las márgenes del Jordán.

Estos embajadores se presentan al santo Precursor con aparente respeto y tratan de lisonjearle, preguntando si es el Mesías prometido. ¿Podian ellos sospechar que el Bautista era el Salvador del mundo? No: ellos conocian los oráculos de los profetas, oráculos que estaban obligados á explicar al pueblo: ellos sabian muy bien, que estos oráculos no convenian al Bautista, ni era posible apropiárselos: ellos no ignoraban, que el Mesías habia de salir de la tribu de Judá, y que el Bautista pertenecía á la tribu de Levi; que la patria del Mesías era Belen y que el Bautista habia nacido en otra ciudad; que el Mesías era hijo de una Madre Virgen, lo que no creian de la madre del santo Precursor. Cuando, pues, preguntaban al Bautista si era el Cristo, hacian traicion á su conciencia. ¿Deseaban que el predicador de la penitencia les anunciase la verdad? Tampoco; el Bautista habia dado testimonio de la divinidad de Jesucristo; señalando con el dedo al Salvador, habia dicho: ved ahí el cordero de Dios; ved ahí el que quita los pecados del mundo. Con todo, ni la Sinagoga, ni los diputados enviados á Juan creian en Jesucristo. ¿Qué se proponian, pues, adulado al Bautista? Movidos de oculta envidia, lo que deseaban era desacreditar primero al Bautista, y luego al Salvador, á quien muchos seguian á causa del testimonio glorioso que de él habia dado su

santo Precursor. Ved ahí el móvil de aquellos malvados: ellos no decían la verdad, ni querían conocerla. El Bautista los cubre de confusión, rechazando un título que le era muy ageno. A una alma tan humilde no hacen impresión alguna las lisonjas, que tal vez hubieran causado en otros los mas lastimosos estragos. Su candor angelical no se resiente de los violentos ataques de la adulacion, que tan fatales desastres ha causado y está causando á los hombres. ¡Vicio infame! De él procedió la seducción de la primera mujer; el comun enemigo, conociendo su propension á ser adulada, le sugirió placentero la criminal idea de una inmortalidad quimérica, y de un conocimiento perfecto del bien y del mal. A la adulacion debió en parte su origen y su propagacion la idolatría; pues algunos aduladores por lisonjear á sus soberanos y emperadores, les erigieron estatuas, y les tributaron honores divinos. De la adulacion proviene el orgullo insupportable en las personas de alto rango, ó que disponen de cuantiosos capitales. Si muchos de estos se mantienen en sus vicios y desórdenes, es porque algunos aprueban sus violencias, alaban sus venganzas y disculpan sus disoluciones. No hay clase de pecados que no dimanen de la adulacion, ó, por lo ménos, no encuentren en ella su fomento. Por ella el vicio pasa por virtud; el lujo, la prodigalidad y los gastos desmedidos por rasgos de un corazon generoso, desprendido y magnífico. Las relajaciones mas vergonzosas son unos entretenimientos conformes á la educacion despreocupada, si consultamos á los aduladores. Estos no temen graduar á la mas sórdida avaricia de prudente economía.

Y ¿quereis saber cual es el resultado de esta infame complacencia, si aquellos á quienes ha extraviado ó ha sostenido en sus desconcertados procederés llegan á conocer la verdad, y toman la noble resolucion de confesarla? Echad una ojeada sobre la conducta de los enviados á Juan por el supremo Consejo de Jerusalem. No bien el Bautista les hubo declarado que él no era el Mesías, sino su Precursor, toda la afabilidad y dulzura de aquellos comisionados, todo su respeto y veneracion, se convirtió en un abrir y cerrar de ojos, en despecho y desabrimiento. Los que, al parecer, buscaban cordialmente la verdad, la desechan cuando se les manifiesta, y prorumpen en palabras injuriosas. Si tú no eres el Cristo, le dicen al Bautista, ¿á que te metes á bautizar? No hay mas que decir la verdad á los aduladores, y ellos repetirán con indignacion las mismas injurias y denuestos; y los que poco antes erais el objeto de sus alabanzas, pasareis á ser el blanco de sus invectivas y negras calumnias. Tenemos, pues, que los aduladores son incapaces de decir y abrazar en su ce-

razon la verdad. Ahora añado, que tambien son incapaces de adquirir y conservar la amistad.

2. Consiste la amistad en el amor de nuestra benevolencia entre diversas personas, amor fundado en motivos poderosos, que recíprocamente les hacen tomar parte en sus venturosos sucesos como en sus infortunios. Pero no es esta la amistad de que voy á ocuparme ahora; pues es evidente, que la adulacion está en oposicion con ella. Yo no quiero hablaros de aquella amistad, que solo tiene cierta semejanza con la precedente, en cuanto por ella el hombre es compuesto y decente con aquellos á quienes trata, cual si realmente fuesen sus amigos, y que es indispensable para la vida social. Esta amistad, que tal vez llamaríamos mas propiamente afabilidad, es la que por la precision de vivir en compañía de otros, hace al hombre urbano, cortés y comedido en su porte y trato; teniendo siempre en cuenta la condicion y circunstancias de las diversas personas con quienes tiene que rozarse, á fin de que su conducta no peque ni por demasiado placentera ni por áspera, sino que, por el contrario, tanto su conversacion como su porte, sean racionalmente gratos y suaves, ya con sus amigos, ya con los extraños. Esta afabilidad no se debe perder nunca de vista, á no ser que así lo exija la gloria de Dios, la salvacion del prójimo ú algun otro motivo poderoso. Pues bien, yo quiero demostraros, que la adulacion es incompatible con esta afabilidad de cuyos caracteres parece revestirse, y que se necesita de una vista mas perspicaz que la de un linco, para discernir las astucias de un adulador y descubrir sus ficciones. El sabe disfrazarlas con tal artificio, que con dificultad se conoce el modo con que bajo de las apariencias de bien encubre el mal; cuando son efectos de una adulacion la mas refinada, sus ademanes cariñosos y palabras halagüeñas, nosotros las creemos muestras de la amistad mas entrañable. ¿Qué extraño será, que el adulador consiga con estos medios insinuarse y posesionarse de nuestro corazon? Y una vez logrado esto, ¿cómo dejar de hacer nuestro confidente, al que ha llegado á hacerse dueño de nosotros? Mas, ¡oh perfidia la mas execrable! ¿sabeis que uso hace el adulador de sus conocimientos, despues de haber escudriñado los senos de nuestra alma? Yo bien quisiera tender un velo sobre sus injustos procederés, tanto en el tiempo en que nos lisonjea, como despues de haberse apartado de nuestra confianza, ó porque tuvimos la dicha de conocer sus torcidas intenciones y habérselas manifestado, ó porque no logró lo que apetecia de nosotros; pero debo deciros algo de estos procederés indignos para haceros detestar la adulacion.

El adulador se persuade, cuando goza de nuestro favor, que esta-

mos obligados á concederle cuanto exige de nosotros. Que si llega á perder nuestro favor, no dudeis que aquel espíritu de traicion, sea cualquiera el porte que con él hayamos observado, pondrá nuestro honor y reputacion, nuestros intereses y fortuna, y lo que es peor, nuestra salvacion, sino en el mas desastroso precipicio, á lo ménos al borde de él. ¡Cuántas deplorables caidas pudiera recordaros en prueba de esta verdad, y que fueron el resultado de la adulacion! ¡Cuántos caudales arruinados! ¡Cuántas fortunas cambiadas! ¡Cuántas personas, despues de haber perdido el honor y la reputacion, han llegado á ser el oprobio de sus semejantes, por haber abrigado la adulacion y dado con ella márgen á sus aduladores para su descrédito y difamacion! Pero ¿qué necesidad tengo de ponerlos á la vista los muchos ejemplares que nos ofrece la historia, y que no pueden ménos de inspirarnos horror contra un vicio, que nunca será bastante execrado? Me bastan para esto los argumentos que me suministra vuestro mismo convencimiento. Yo apelo á vosotros, para que en el disgusto de vuestras almas me digais lo perjudiciales que os han sido sus resultados, y cuan á costa vuestra habeis tocado el desengaño. Este testimonio es el mejor, y me hace esperar que sacareis fruto de mis exhortaciones.

No lo olvideis, hermanos míos; es necesario que esteis siempre sobre aviso en un asunto que tanto os interesa. Tened gran cuidado en no dejaros sorprender de la adulacion; si vuestras buenas obras son alabadas en vuestra presencia, reconoced, que en las tales alabanzas, mayormente si son excesivas, se os tiende un lazo que puede producir las mas tristes consecuencias. No dudeis, que si se os prodigan elogios desmesurados, es para poner á prueba vuestra sinceridad. A los que disculpan y aun aprueban vuestros extravíos, guardaos de considerarlos como amigos; ellos por sus miras particulares solo aspiran á que vosotros no llegueis á conocer la verdad. Cerrad, pues, vuestros oídos á la adulacion, que tantos estragos causa diariamente en las almas; y para rechazar mas fácilmente sus asaltos, reconoced, á imitacion del Bautista, vuestra nada, y no perdais nunca de vista la gloria del Señor. Con la humildad temereis mas las alabanzas que las censuras; y el Señor, que se complace en exaltar á los humildes, os dispensará abundantes gracias, y os colmará despues de gloria, como os la deseo.

ADULADORES.

II.

Melius est à sapiente corripí, quam stultorum adulatione decipi.

Más vale ser reprendido del sabio, que ser seducido con las lisonjas de los necios.

(Eccles. vii, 6.)

No pudiendo sufrir los fariseos las reprensiones del Salvador, tuvieron consejo entre sí para escogitar los medios de sorprenderle en sus palabras, y sacar de él alguna respuesta censurable que pudiesen emponzoñar, y por la cual pudiesen acriminarle. El medio que adoptaron fué el de enviarle algunos de sus discípulos con otros de los herodianos, que con rostro modesto y aire de probidad le tendiesen un lazo. Para encubrir mejor su perversidad, le saludaron al principio con respeto, y comenzaron por alabar su sinceridad y rectitud. Maestro, le dijeron, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino ó la ley de Dios con arreglo á la pura verdad, sin consideracion á nadie, porque no atiendes á la calidad de las personas; nos dirigimos pues á tí, para que nos instruyas sobre un punto en el que parece interesarse la gloria de Dios. Dinos sinceramente tu parecer sobre esto: ¿es ó no lícito á los judíos, pueblo de Dios, pagar el tributo al César? Jesucristo, que conocia perfectamente todo lo que abrigaban dentro de su corazon: Hipócritas, les dijo, ¿por qué tratais de sorprenderme? ¿Pensais que podreis conseguir con ardides lo que no habeis podido con la guerra abierta que me habeis hecho? ¿Os creeis capaces de perderme con las lisonjas, cuando no habeis podido lograrlo con detracciones ni falsos testimonios?

Con la misma aspereza con que trató Jesucristo á los discípulos de los fariseos, deberíamos nosotros tratar á los aduladores, gente pérfida, que con sus lisonjas corrompen lo mas puro, deslucen lo mas

hermoso, inficionan lo mas sano y pierden las almas. Pero, ¿cuántos son los que en esto imitan la conducta del Salvador? cuántos los que rebaten las lisonjas con las mas acres reprensiones? Confesémoslo: sí; son muchos los aduladores, y no es menor el número de los que quieren ser adulados. Para que vosotros no imiteis á los unos ni á los otros, voy á demostraros cuan grande es la malicia de los aduladores, y cuan grave la culpa de los que desean ser adulados. Imploramos primero los auxilios necesarios. A. M.

1. La lengua mal empleada es, en expresion del apóstol Santiago, un mundo entero de maldad. ¿Qué injusticias no cometen, que estragos no causan las lenguas maldicientes? Pues aun son mayores los que causan las lenguas lisonjeras. Nosotros, si nos quejamos de la malignidad de los que murmuran de nuestras acciones, ¿con cuánta mas razon debiéramos quejarnos de los que lisonjean nuestras pasiones? El daño que éstos nos hacen es tanto mas funesto, que el que nos causa el maldiciente, cuando es mas halagüeño y ménos sensible: tanto mayor, cuanto va de los bienes temporales, que nos quita una lengua maldiciente, á los bienes eternos, que nos arrebatara el adulador, aplaudiendo nuestros defectos y fomentando nuestros vicios. La lengua aduladora es con toda propiedad *universitas iniquitatis*, un mundo entero de maldad.

Los aduladores son hipócritas tentadores, como los llamó Jesucristo. Son hipócritas, porque con palabras y acciones manifiestan lo contrario de lo que sienten; alaban lo que merece vituperio, y aprueban lo que conocen ser malo, oponiéndose á su propio juicio para satisfacer pasiones ajenas. Quieren parecer sinceros, se vanaglorian de serlo, y no lo son; afectan hablar como los que tienen el corazón en los labios, y su alma está llena de dobleces y de engaños, dice el real profeta; sus expresiones parecen sinceras, y no son sino máscaras de la malicia, que esconden en el fondo de sus corazones: *Loquantur pacem cum proximo suo, mala autem in cordibus eorum*. De ahí nace aquella variedad de figuras con que comparecen los aduladores en el teatro del mundo. Los vereis llorar con los tristes, reír con los alegres, satíricos con los maldicientes, contenidos entre los modestos, disolutos entre los relajados, dispuestos á mudar de semblante á todas horas, á fin de agradar á los que ellos adulan.

No es menester que entreis en los palacios, de donde, desterrada la verdad, ha tomado posesion la mas astuta lisonja; entrad solamente en las casas de los poderosos y hombres de conveniencias, y vereis alabar la educacion de unos niños que se crian sin temor de

Dios, y sin conocimiento de sus obligaciones; aplaudida como gracia la desvergüenza, y celebrado como chiste el desacato. Entrad en una sala, y vereis á los piés de una mujer uno ó muchos aduladores empeñados en persuadirla, que es un portento de hermosura y de perfecciones. Verdad es; que puede ella conocer la falsedad de lo que la dicen; mas no por eso deja de engreirse.

Jesucristo, á mas de llamar con razon hipócritas á los aduladores, les llama tentadores. El primero de todos los tentadores fué adulador; la adulacion fué la asechanza que el demonio puso á nuestros primeros padres. Comed de esa fruta que os ha sido prohibida, les dijo, ¿qué temeis? no sereis víctimas de la muerte: muy al contrario, sereis como dioses. Cayeron ellos en la tentacion por desgracia nuestra, y desde entónces el demonio se ha valido siempre de la adulacion como del medio mas poderoso para hacer caer al hombre. De los aduladores se sirve, segun dice Tertuliano, como de sus agentes y procuradores. A una jóven recogida le dice uno de estos ministros de Satanás, que atropelle el pudor y los escrúpulos que la contienen: que disfrute de los privilegios de su hermosura antes de que se marche; que no tema la muerte, pues está muy léjos de su lozana edad. Al avaro le persuade de que su conducta es cuerda y prudente; de que debe atesorar riquezas para sus hijos; de que lo demas es desacierto. Al vengativo le repite, que la venganza es justa, y que el pundonor exige satisfaccion de las ofensas.

De este modo los aduladores, con la blandura de sus palabras, quitan el horror á los pecados; con aparente serenidad calman los remordimientos de las conciencias; con vil condescendencia fomentan los vicios; y así se hacen cómplices de los delitos de otros. Si solo el no corregir fraternalmente las faltas de nuestros semejantes, cuando podemos, es grave pecado contra la caridad; ¿cuál será, pues, el pecado de los aduladores que las aprueban y aplauden? Merecen sin duda el castigo de los demonios, cuyo oficio ejercen, y le sufrirán infaliblemente, como no reparan el mal que hicieron.

¿Y cuán difícil es repararle? Los magos de Faraon transformaron con sus encantos las varas que tenian en sus manos en serpientes; pero no pudieron con otros encantos reducir las serpientes á la primera figura de varas; pues asimismo, dice Orígenes, bien pueden los aduladores con sus palabras hacer perder á una alma su primera inocencia; pero es muy difícil que con palabras se la restituyan. ¡Infelices! siendo ellos la causa de la ruina del prójimo, el Señor les llena de maldiciones.

2. Habeis visto, oyentes, cuan grave culpa es adular; veamos

ahora cual es la malicia de los que admiten las adulaciones. Casi todos, decía S. Jerónimo, escuchamos gustosos á los que nos adulan. Por mas que parezca que rechazamos modestos las alabanzas que nos dan, interiormente las recogemos con placer. Por mas que nos sonrojemos al oirlas, nuestro corazon desmiente las señas del rostro, y, en verdad, nos alegramos de que aplaudan nuestros pretendidos méritos: *Quamvis calidus rubor ora perfundat, ad laudes tamen nostras intrinsecus letemur.* S. HIER. EPIST. 48 AD EUSTACH. Pues esta pasion tan generalizada es la mas ciega é irracional. Como hombres, no deberiamos pensar sino en nuestra miseria, en nuestra nada. Como cristianos, no nos pertenece sino una parte de la humillacion y, cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué quereis, hombres, que os adulen? ¿Por vuestro nacimiento? Venisteis al mundo sin eleccion. Lo mismo podiais nacer de un plebeyo que de un noble. ¿Por vuestro empleo? La mano que ayer os elevó á la mayor dignidad, puede ser que mañana os abata. ¿Por vuestras riquezas? O sois avaros, dice S. Jerónimo, ó herederos de avaros. ¿Por las virtudes que adornan vuestro entendimiento y voluntad? ¿Y de dónde os vinieron? Si no vienen de vosotros mismos, ¿por qué os desvanecéis como si fueran vuestras? Si por ningun motivo podeis desear que os alaben como hombres, aun ménos podeis desearlo como cristianos, esto es, como discípulos de un Dios, que mereciendo infinitas alabanzas, prohibió á los apóstoles que publicáran su gloriosa transfiguracion, rechazó con aspereza las palabras de los fariseos cuando le lisonjeaban; y, por el contrario, sufrió con paciencia que le llamaran sedicioso y endemoniado. ¿Y qué diferencia hay entre vosotros y el Salvador? Confundíos, pues, ya que no teneis otra cosa propia que la nada y el pecado. Confundíos, y acatando el ejemplo que nos dió nuestro divino Maestro, sofocad los deseos de ser aplaudidos y adulados, que son de los mas perniciosos.

Esta pasion es enemiga de toda virtud, y madre de una infinidad de pecados. La cólera se opone á la paciencia, la envidia á la caridad, la avaricia á la liberalidad, la gula á la templanza, la blasfemia á la religion, en fin, cada vicio á la virtud que le es contraria; pero la vanagloria ó el amor desordenado á las alabanzas se opone á todas, porque destruye la humildad, que es su fundamento. Es un sutil veneno, que corrompe la santidad, ciega el espíritu, mata el corazon con el mal uso de los mismos remedios que debian curarle.

Hasta llega este vano amor á las alabanzas á equivocarse con la idolatría, que es el peor de todos los pecados; pues, oponiéndose di-

rectamente á Dios, pretende despojarle de la corona, y abrogarse los respetos y adoraciones que le son debidos. Dios, celoso de su gloria, no la cede á nadie: *Gloriam meam, dice, alteri non dabo:* ISAI. XLII, 8; y ¡los cristianos se atreven á robársela, deseando ser adulados por el bien que no tienen, ó que viene únicamente de él para que le glorifiquen! Maldito el ídolo que habeis hecho, dice Salomon, y maldito el artífice que le fabricó: *Per manus quod fit idolum, maledictum est et ipsum et qui fecit illud:* SAP. XIV, 8. Dios igualmente detesta y aborrece al impío que hizo el ídolo, y á la impiedad que es su obra: *Similiter odio sunt Deo impius et impietas ejus:* SAP. XIV, 9. Uno y otra están comprendidos en las mismas maldiciones: la obra y quien la hizo sufrirán las mismas penas.

Aduladores, que postrados á los piés de una criatura la ofreceis el incienso de las alabanzas como al ídolo vuestro, y que rendís la adoracion mas profunda, hasta sacrificar vuestro corazon, á una divinidad, hechura de vuestro sacrilego capricho, entendedlo bien; vosotros sois malditos: *Maledictum est et ipsum et qui fecit idolum.* Y vosotros, vanos y ridículos ídolos, que rodeados de profanos inciensos, agradeceis y mirais con agrado á esos ciegos idólatras de vuestra belleza ó fortuna, sois tambien malditos del Señor: *Maledictum idolum.* Vosotros perecereis sin remedio, porque, como dice San Agustin, IN PSALM. IX, 21, una vez que el hombre llega á gustar de la adulacion, y á persuadirse de que es lo que dicen los aduladores, desconoce sus propios defectos, y por eso no se arrepiente. Acostumbrados sus oidos á la blanda melodía de las alabanzas, no puede sufrir la aspereza de un desengaño. Huye de cuantos le dicen la verdad, como el rey Acab huía del profeta Miqueas. Escoge, como dice S. Pablo, maestros que le digan lo que desea, no lo que Dios manda: *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros.* II TIMOTH. IV, 5. Y así aduladores y adulados perecerán: *Maledictum idolum et qui fecit illud.*

Habeis visto, amados oyentes, cuan grave culpa es adular y querer ser adulado. El que adula á otro, aplaudiendo sus malas inclinaciones, se hace partícipe de todos sus pecados, como dice Sto. Tomás, 2, 2, q. 115. Si, pues, por interés ó por otra idea habeis sido aduladores, haceos desengañadores para reparar el daño que habeis causado: decid desnudas las verdades. Si acaso habeis gustado de adulaciones, cerrad los oidos á esos áspides engañosos: mas os daña la lengua adulatora, que la espada de vuestros enemigos. Abridlos para oír las verdades que os den á conocer vuestra miseria y vuestros pecados.